



REFRANES Y DICHOS

Quien canta, su mal espanta.

Aconseja esta vía de desahogo cuando se tienen penas o problemas; tanto que Gabriel y Galán llegó a escribir: «Porque bien sabes Tú, Dios providente, / no puede vivir el que no canta.»

Cual el amo, tal el criado.

Por principio de adecuación, conforme pregonan, a la par, otros refranes: A tal casa, tal al-daba; A tal señor, tal honor, y A cada paje, su ropaje. Es, en suma, lo que el marqués de la Ensenada le contestó a Felipe V cuando éste, alarmado por la fastuosidad del aristócrata, le llamó a capítulo en palacio: «Señor, por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo.»

Ni sirva a quien sirvió, ni pidas a quien pidió, ni mandes a quien mandó.

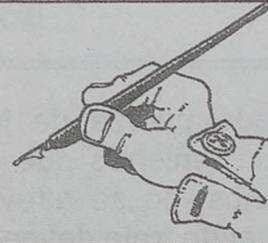
Porque cualquiera de los tres conocerá al dedillo los defectos propios de tales servidumbres, y se mostrará, además de riguroso, engreído por su condición de persona venida a más.

General que cien batallas vence, nada habrá ganado si la ciento una pierde.

Enseña lo difícil que es admitir los méritos y cómo éstos, por lo general, se olvidan a causa de un solo desacierto.

Santo Tomás, una y no más.

Es expresión de escarmiento del que ha cometido algún error y hace propósito de no reincidir.



Dar el tostón

Aburrir. Molestar. Tostón era, y es en algunos lugares de España, un trozo de pan frito o tostado (de ahí el nombre) con el que se acompañaban algunas comidas. El tal trozo, complicado de comer por lo grande y seco, suele resultar de difícil y pesada digestión. De ahí que, trasladando lo dicho al campo de las relaciones humanas, dé el tostón quien sea pesado, repetitivo y, metafóricamente hablando, difícil de digerir, o como se dice en español coloquial, de tragar. Como adjetivo, es un tostón la persona o cosa con las características reseñadas.

Mas sonado que la campana de Huesca [ser]
Se califica así a un suceso de gran repercusión. ¿Qué no te has enterado de que ha dimitido el ministro? Pero hombre, si ha sido más sonado que la campana de Huesca. El dicho alude a la leyenda protagonizada por el rey aragonés Ramiro II, que reinó entre 1134 y 1137. Muchos nobles aragoneses no apoyaban a este rey, al que despectivamente llaman El Monje, por haber sido fraile anteriormente. Ramiro pidió consejo a su antiguo abad, que vivía en un convento provenzal. Este sin decir palabra, cogió una hoz, salió al jardín y cortó los tallos más altos. Entendió el rey el mensaje y, a su llegada a Huesca, mandó llamar a los nobles rebeldes con la excusa de mostrarles una campana que se oiría en todo Aragón. Según fueron llegando al castillo, les fueron cortando las cabezas y colgándolas del techo formando una circunferencia, a modo de campana. En el centro, el rey colocó, como si fuera el badajo, la del obispo Ordás, promotor de las revueltas.